

LA DICTADURA DE LO QUE FALTA

Me asombró re-encontrar en esta Red Social la vieja frase “El poder sólo se sube a la cabeza cuando encuentra un cerebro vacío”. Transcribo un párrafo de mi libro “HOMO CREDENS. Condenados a creer” que escribí en 2018 cuando esta frase circulaba con mayor frecuencia en esta Red.

“El poder sólo se sube a la cabeza cuando encuentra un cerebro vacío”. ¡¡Imposible encontrar una creencia ¿más inocente o malintencionada?! E increíble además la cantidad de “Me gusta” que la refuerzan. Quiero extenderme en este punto porque, a modo de ejemplo, desnuda el funcionamiento de las creencias como red y su poder como implícitos. No sólo el consabido poder de las “redes sociales”.

¿Por qué creencia inocente?: El “poder subido a la cabeza”, ¿no supone acaso un ordenamiento, una verticalización definida y específica de valoraciones y creencias, y no una ausencia de todas ellas?. El supuesto “cerebro vacío” de la frase, en realidad es una persona llena de ambición de poder, con claro interés estrictamente individual y/o sectorial, llena de una premeditada indiferencia frente a la mentira y la manipulación, entre otras. No un vacío, como alegremente la frase nos quiere hacer creer.

Este es un implícito de nuestros “modelos mentales”, muy difícil de identificar, cuestionar y modificar. La “ausencia de”, o “vacío” en este caso, es una definición “desde la negativa”, desde “lo que falta”. Y lo que hay, hasta en exceso, se invisibiliza ante la creencia en la supremacía del vacío. Y este modelo del vacío, al funcionar como un implícito, se hace invisible a la propia re-flexión. Se convierte en la verdad y no en una posible lectura sesgada de la realidad.

Una situación similar se da ante afirmaciones de “falta de conciencia”, cuando se intenta explicar el no cambio en las conductas humanas. Muchísimas veces, conciencia sobra; pero faltan otros elementos que hacen que ese cambio sea imposible en esas condiciones. ¿O podríamos acusar a los adictos de ser personas “faltas de conciencia”? Este implícito está presente en las explicaciones que se dan a hechos de “poca humanidad”: ¿Podríamos acusar a los asesinos a sueldo de ser personas “faltas de conciencia” y de ser carentes de valores? Son personas que tienen otros valores y otras valoraciones. O en última instancia, los mismos pero ordenados verticalmente de manera diferente. Pero no les faltan. Con los que tienen “en la cabeza”, les alcanza y sobra para vivir como viven y hacer lo que hacen. Prueba de ello, es que muchas veces, no encuentran razones para arrepentirse de lo realizado, aunque se refieran a perjudicar o masacrar a otros de modo intencional y planificado sin ser necesariamente diagnosticadas como psicópatas.

¿Y por qué creencia malintencionada? Porque suponer un “cerebro vacío”, es suponer que las personas, en política por ejemplo, hacen las “peores cosas” por ser tontas o huecas. Un modo elegante de cubrir la ambición de poder con estupidez o con una estúpida vacuidad. Hitler, como

otros tantos dictadores y constructores de poder, conocidos de diferentes geografías, tiempos y colores ideológicos, ciertamente pudieron no haber tenido una gran salud mental. Pero lo que lograron, no lo lograron con un cerebro vacío. Al contrario, lo lograron con aliados poderosos de diferentes extracciones, con mucho poder de convencimiento, mucha ambición, mucha planificación y estrategia, y con mucha obediencia, miedo y terror psicológicamente generados. Hitler tenía muy claro qué es lo que quería lograr; lo dijo y lo escribió repetidamente. No era ningún “cabeza hueca”. Por tanto, aquí no cabe aquello de “perdónalos, pues no saben lo que hacen”, porque tienen el cerebro vacío o la caja craneal hueca o las sinapsis endiabladas o poseídas.

En síntesis: no hay tal “vacío” o “falta de”, como explicación única y válida en los procesos humanos. Muchas veces, quienes afirman que “les falta xx”, son los administradores de ese xx. ¿Deberíamos concluir que nunca se aprende de la historia por deficiencias cognitivas humanas? ¿Se tratará de un lento y tortuoso proceso de aprendizaje o de una vieja utopía? ¿Serán debilidades y fortaleza de la especie? ¿Serán déficits genéticos? ¿Será la naturaleza humana? ¿Qué dirían los genetistas, evolucionistas, biólogos y etólogos? “No aprendemos espontáneamente que no aprendemos que no aprendemos” escribió Nassim N. Taleb en El Cisne Negro”.

Hasta aquí, “HOMO CREDENS”. Hoy agregaría, que no se trata solamente de una creencia; sino que se trata de una de las tantas dictaduras. Si hay Dictadura del Proletariado, Dictadura del Mercado, y Dictaduras cívico-militares; falta agregar otra: “La Dictadura de lo que falta”. Su origen es ancestral: “le faltó amor de familia”, un clásico. “Le faltó consciencia”, otro clásico. “Le faltó fe”, otro clásico. “Le faltó voluntad”, otro clásico.

Todo parece explicarse por lo que faltaría y no por la posibilidad de que sobre. Aunque podemos conciliar que, donde sobra en algún lugar, probablemente falte en otro (en el campo psi, ésta es una obviedad). Y la distribución de la riqueza sería un ejemplo. Es como si hubiese un implícito, en tener que leer la realidad desde lo que falta.

¿Qué le falta al ser humano?, la eternidad. ¿Qué le sobra al ser humano?, conciencia de finitud. Aunque aquí lo que falta no es causa de nada. Y si éste es un modelo posible, al igual que en la distribución de la riqueza, habría que buscar más explicaciones en lo que sobra que en lo que falta. Aunque, a decir verdad, al ser humano ni le falta ni le sobra nada. Es lo que es: un animal enfermo de conciencia. Una criatura extraña que genera extrañas teorías, para explicar el sentido de su existencia y de su sufrimiento. Y sociedades crueles, para convencer de que el problema, es lo que falta.

Raul G. Koffman - Septiembre de 2021